

muestra que para los pueblos, como para los individuos, hay cariños que matan, sintió una nueva y más prudente pasión, temiéndolo ya todo, mirando con terror cuanto pudiera trastornar la tranquilidad y la integridad de su adorada patria, y discurriendo con su poderosa inteligencia leyes de tranquila evolución, distintas á las convulsiones sangrientas, hasta entonces señaladas para su engrandecimiento y felicidad. En estas conversiones, su contrición y sus confesiones públicas fueron sublimes y heroicas, porque nadie sufrió tanto dolor, nadie habló tan acerbamente, nadie le ganó en sinceridad y en sacrificios, nadie puso sobre la propia frente la ceniza que él puso, ni aplicó á sus carnes el cilicio que él se ciñó, ni, condenando las gloriosas pasadas apoteosis, renunció para siempre á todos los destinos y magnificencias de un porvenir merecidísimo, contrayéndose á ser no más que el luctuoso y severo amonestador de las irreflexivas ilusiones y de las patricidas aventuras. ¡Con cuánta justicia, Sagasta, Silvela, Maura, Romero Robledo, Moya, Sol y Ortega y cuantos levantaron su voz para honrar la memoria de este hombre, en la sesión que le dedicó el Congreso de los diputados, ensalzaron el sublime heroísmo que le llevó al sacrificio de todo lo más grato á su nombre y sus intereses, por servir á la patria!

Díganlo también aquellos republicanos de

Granada y Alcira que escucharon los primeros discursos de su nuevo apostolado por los años de 1875 y 1880; díganlo aquellos interminables párrafos donde sus alientos y resistencias oratorios, propios de un Estentor homérico, se rendían al largo relato de calamidades infinitas, de trenos inconsolables y de terrores sin alivio, que evocaba luego con frecuencia para que, con su recuerdo, la democracia aprendiera saludables y necesarios escarmientos; párrafos en los cuales presentaba rota la unidad de la patria; relajados los lazos sociales; triunfante como nunca la anarquía; en Málaga resistencias á obedecer la autoridad central y admitir la fuerza pública; desarmada la guarnición é indisciplinado el Ejército en Barcelona; peleando con lucha sangrienta los carabineros y el pueblo en Granada; dictadura municipal en Cádiz; cantón presidido por los reaccionarios en Valencia; quemadas las fábricas y asesinados los probos ciudadanos en Alcoy; convertidos á una guerra civil los pertrechos acumulados en Cartagena para defender la patria; la escuadra gloriosa, ilustrada por las hazañas de la Historia, á merced de quien quisiera apoderarse de ella en el mar, nacional ó extranjero; los carlistas asolando en el Norte, en el Maestrazgo, en las montañas de Cataluña y en el Bajo Aragón; en las Cortes la minoría federal expi-

diendo diputados á las provincias en son de guerra..., y su corazón de patriota condenado, por los propios errores y los de sus correligionarios, á presenciar la agonía de España, amenazada de convertirse en una nueva Polonia, y de caer sin tener á su favor los votos de los pueblos, ni la compasión de la Historia, negados siempre á quien sucumbe por su mal con insensatos é imperdonables suicidios.

Desde entonces señaló ya como el primero de todos los principios, el orden público, que defiende y ampara las leyes, que vigoriza y sostiene la autoridad, que obliga á cada ciudadano á encerrarse en su derecho, á respetar el derecho de los demás, y á pedir todo aquello que le corresponda y pertenezca, no con violencias, no por las armas, no en medio de las calles y sobre las barricadas, sino por procedimientos jurídicos, y ante aquellas Autoridades encargadas en todos los pueblos cultos de distribuir y realizar la justicia. Advirtió que el pueblo esclavo se distingue del libre en que apela siempre á la fuerza, nunca al derecho; que jamás pueden ser pueblos libres los de genio inquieto y de temperamento revolucionario, para quienes la ley es una tormenta continua y la democracia una demagogia desenfrenada; pueblos que sólo oyen la voz de exaltados profetas, y sólo entrarán en la sociedad regular y pacífica conducidos, como el ga-

nado, por un ser que los sujeta, llamándose naturaleza superior á ellos en habilidad, en inteligencia ó en fuerza. Previno, en fin, que toda reforma que se gana por un accidente feliz, se pierde por otro accidente desgraciado, y sólo prosperan y arraigan aquellas reformas que han nacido de la reflexión, se han propagado por las libres discusiones, y han puesto su base en la voluntad y en la conciencia de los pueblos; que por exceso de autoridad mueren las Monarquías, como por exceso de privilegios las aristocracias y por exceso de libertad las democracias; y que así se halla siempre muy cerca del hielo de la muerte, quien por exaltada fiebre tiene un calor excesivo.

V

Ningún político ni hombre de Estado miró con más menosprecio y aun odio que Castelar las efímeras vanidades del poder; y por eso fué como nadie un adorador platónico de la patria. Desde el día en que la abdicación de D. Amadeo de Saboya puso ante su vista la posesión del mando, sintió verdadero miedo, y como había consagrado anteriormente todas sus fuerzas á precipitar ese suceso, las consagró desde entonces á retrasarlo, apoyando cuantos gobiernos se sucedían, y queriendo disciplinar y contener

aquellas fuerzas sociales que había revuelto con su mágica palabra.

Apoyó primero á Figueras hasta el último momento; apoyó luego á Pi constantemente; apoyó después á Salmerón, haciendo cuanto le fué posible para que no se retirase del Gobierno, y cuando el poder fué á sus manos lo recibió como una desgracia y compromiso de honor inevitables, y con él, frente á todo el mundo, sostuvo aquella política gubernamental y transigente con la cual creía posible la salvación de la patria y de la república, desplegando ese civismo y honradez que le permitían decir en su discurso del 6 de Abril de 1876: «Cuando yo he alterado mis creencias las he alterado delante de una Cámara en que aquellas creencias estaban en mayoría; á otros, el alterar sus creencias les ha valido subir al poder; el alterar las mías me ha costado á mí bajar del poder.» Así, pues, renunciando para siempre á goces de gobierno; pronto á sacrificarlo todo: popularidad, cargos, partidos, periódicos, correligionarios... en aras de la paz y del orden, pasó á ser un defensor de la perduración de todos los gobiernos, cualesquiera que ellos fuesen, liberales ó conservadores, porque creía que con todos se podían obtener aquellos progresos de la democracia, conquistas del derecho y reorganización de la Hacienda, en que cifraba la felicidad posible de España.

En esta situación, cuando sus enojos eran mayores y veía á los gobiernos comprometer las libertades conquistadas, y negar las necesarias al triunfo de una democracia pacificadora, les conjuraba al buen camino, señalándoles con proféticas amenazas los peligros que encerraba su desacierto, y les decía, como en su discurso del 16 de Marzo de 1876: «¿Tan felices os creéis que nada puede turbar vuestra felicidad? Si no teméis las catástrofes de mañana, muy desmemoriados andáis no recordando las terribles catástrofes de ayer. Yo de mí sé decir que no se apartan un momento de mi corazón y de mi memoria!»

Sería difícil hallar en la historia de los hombres políticos rectificación más honrada, más sincera y de más nobles y puras confesiones. Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, es incomparable con ningún otro hombre de Estado. Porque huía del poder y desdeñaba la censura, había en su alma un sereno estoicismo que se sobreponía á todas las ingratitudes de los apasionados sectarios de los partidos. Atento siempre á los dictados de su conciencia, guardadora desconfiada y dolorida de los males de la patria, y puesto su pensamiento en la justicia infalible y serena de la historia, leía con benevolencia las acusaciones más violentas de los que le llamaban traidor á la república, y causante de que no

se restableciera esta forma de gobierno; la cual, profeta acertadísimo, anunció no verían jamás en España cuantos contribuyeron á la muerte de la que una vez la casualidad puso en sus manos.

La desgracia que alecciona, cambia y ennoblece, así á las colectividades como á los individuos, impregnó de tal melancolía sus discursos, impuso tan cuidadosos reguladores á sus consejos, tan prudentes y acertadas advertencias á sus propagandas, tan distintos procedimientos al logro de sus aspiraciones, que ya en vez de halagar á las muchedumbres prefirió persuadir á los ministros y jefes de gobierno; en vez de provocar alborotos, imponer respetos; en vez de escuchar aplausos tributados á sus deslumbradoras fantasías, debatir amistosamente con los directores todos de la política, visitándoles en su casa, recibéndoles en la propia, sentándoles á su mesa, lisonjeando sus debilidades, compartiendo en el silencio sus tareas, inspirándoles sus discursos, disuadiéndoles de sus errores, moviendo á los perezosos, calmando á los enojados, y recabando de todos benevolencia, entusiasmo, actividades armónicas, para encarnar en las leyes las conquistas políticas deseadas, sin que la nación se diera cuenta de quién era el autor íntimo de aquellas reformas.

En estas gestiones Castelar no veía más que la patria, no servía más que á la patria, ni an-

siaba otro bien que el engrandecimiento y la felicidad de la patria. Ella era una abstracción ideal inmaculada; podrían sus hijos los españoles pecar, pero ella era siempre pura; podrían equivocarse, pero ella era siempre infalible; podrían morir, pero ella sería siempre inmortal, duraría más que todas las instituciones, y era como la imagen de la Virgen, cuyos pies quebrantaba la cabeza á la serpiente del mal, y la frente se ocultaba entre las estrellas del cielo.

Así nunca se le oyó quejarse de España porque fuera ingrata con él, no rindiera á sus merecimientos tales ó cuales homenajes, ni acudiese á sus necesidades particulares—¡él, que vivió siempre en la angustia de su falta de recursos!— Como un espíritu locamente enamorado, cuanto simbolizaba á España, ó era fruto legítimo de ella, despertaba en su alma caricias, ternuras y delicadezas inefables. Reconocía y cantaba las grandezas históricas de otros pueblos y sus bellezas panorámicas, pero ninguno era más heroico ni más hermoso que su España, cuyas comarcas numerosas y variadas, cuyo cielo luminoso y transparente, cuyo litoral verdequeante y florido, y cuyos mares, el Mediterráneo á un lado, el Atlántico al otro, le enardecían y exaltaban, poniendo en sus labios cantos inspiradísimos, estrofas hiperbólicas de los grandes poetas, que entonaba con fuego, aun en sus reunio-

nes más íntimas y en las conversaciones más vanales.

VI

Hasta sus comidas, sus afamadas comidas, eran un himno de amor á España, donde así los extranjeros afamados que le visitaban como los íntimos amigos que casi á diario nos sentábamos á su mesa, veíamos surgir, al mágico efecto de sus descripciones soberanas, una muy adorable nación, en la que todo era idílico, risueño y atractivo. ¡Qué pluma que no fuese la de Cervantes merecería ni podría describir con fidelidad aquellos sus españolísimos banquetes, donde el patriotismo del anfitrión se revelaba con demostraciones no menos felices, tiernas y seductoras, que pudiera hacerlo en sus discursos y en sus actos! La comida, con ser abundantísima y selecta, era como un pretexto para remontarse siempre á la tierra hermosa, al amigo fiel, al motivo histórico que pudiera relacionarse con la procedencia del manjar, del vino, de la fruta ó del dulce que se servía.

Correligionarios y admiradores numerosos y de probadísima consecuencia, que Castelar tuvo, como á pocos hombres fué dado tenerlos, desde su famoso discurso de la tarde del 22 de Septiembre de 1854, en el teatro Real, cuidaban de

proveer su despensa con lo más escogido que producían ó preparaban las comarcas españolas; era un homenaje á la grandiosa y simpática figura del inmortal tribuno, al mismo tiempo que un auxilio al modesto y necesitado hogar del estadista honrado, que nunca le faltó, y recibió él siempre con demostraciones de infantil alegría y de elocuentísimo reconocimiento. Sería muy larga la narración de los íntimos que mantenían estas atenciones. Justo Martínez, Pérez Costales y el general Comerma, le enviaban las ricas ostras y lampreas de la Coruña; la viuda y los hijos de Tapia, los sabrosos pescados de Vigo; Wandosel y Jorquera, los del Mediterráneo y Mar Menor; su fanatizado amigo D. Hilario Lund, los exquisitos bacalaos y vinos del Norte; los magros jamones de Trevélez, Extremadura y Sax, corrían á cargo de Secundino Senabre, Ramón Cepeda, Melchor Almagro y José San Martín; José Lázaro, de Pamplona, le surtía de los corderos recentales, á cuyas tiernas carnes consagraba siempre elogios entusiastas; de los embutidos de todas clases, desde las sobreasadas de Palma y Tárbenas, hasta los blanquets de Valencia, y desde los chorizos castellanos hasta los salchichones catalanes, le abastecíamos Ramón Vidal, Salvino Sierra, Enrique Solier y el que esto escribe; de chocolates afamados y patatas inglesas, se cuidaba el bonda-

doso Sánchez Villora, de Albacete; la duquesa de Denia le obsequiaba con la cremosa leche de las Navas; la marquesa de la Laguna con las bien cebadas aves de sus posesiones, y Francisco Galván con pavos y pollos de Aspe; Juan José Paz, de Ávila, con mantecosos garbanzos y tiernas judías; Carmelo Sánchez, de Aranjuez, cuidaba de remitirle las primicias de sus esparrales y huertos de fresa; Bruno Ruilópez, los bizcochos borrachos de Guadalajara, y la famosa miel de la Alcarria, que mereciera rivalizar con la renombrada del monte Hibleto; José Parres los exquisitos quesos de Cabrales y la espumosa sidra de Llanes y Gijón; las hortalizas tiernas, los melones almibarados, las naranjas y granadas, recibíalos de las fértiles vegas que riegan el Júcar y el Segura, con recuerdos cariñosos de Camilo Dolz, de Alcira; Abad, de Novelda; Alberola, de Aspe; Oliver y Solier, de Denia, y José Cayuela y Evaristo Llanos, de Murcia; colmaban de dulces su despensa Pedro Rodríguez de la Borbolla y Luis Palomo, regalándole las tiernas tortas, blandos polvorones y delicadísimas yemas de San Leandro, aderezados en las confiterías y conventos de Sevilla; de dulces secos y almibares de Vitoria, el inspirado literato Fermín Herrán, y de los almibares de las monjas de Granada, Juanito Echevarría; los mazapanes de Toledo, los empiñonados, peladillas, anises, turro-

nes y pastelillos de carnes, de Alcoy, y los escarchados de Valencia, recordaban siempre la generosidad de Aura Boronat, Esteban Martínez y otros; los vinos de todas clases, desde el espumoso Champagne y el dulcísimo moscatel malagueño, hasta el democrático Valdepeñas, Fernando Puig, Modesto Martínez Pacheco, José Rodríguez, González Trevilla, Manuel Vázquez, José Pan, Salvador García de la Lama... y para que nada le faltase, aunque nunca fué fumador, Tiburcio Castañeda le abastecía de tabacos; y el popular y afectuoso Santiago Núñez llenaba de leña y carbón los rincones de su casa, y de exquisita mantequilla sus alacenas. Grato y sentido consuelo proporciona recordar esta serie, aunque fatigosa, de amigos leales, quienes con otros muchos que no acuden ahora á nuestra memoria, florecieron y amenizaron ese campo de la amistad, en el cual convivió siempre muy cariñoso y agradecido este hombre destinado á los íntimos y tiernos afectos de la familia y la sociedad.

Consagraba á la mesa un cuidado especial, y era un motivo de orgullo para él la reputación de que en su casa se comía muy bien á la española, cuyos *menus* disponía con igual esmero que si preparase un discurso sobre política general. De modesto salario la cocinera que le servía, pues nunca remontó sus pretensiones á te-

ner cocinero, sabía hacer á la perfección el arroz á la alicantina y de otras varias maneras, la menestra, la carne y patatas en guisos democráticos, el jamón y los embutidos en fritangas y salsas regionales, los callos, las manos de ternera rebozadas, el bacalao á la vizcaína, las migas, el besugo á la tabernera... todo ello muy exquisito y capaz de rivalizar con los más delicados platos de Lhardy, y cuantos aderezaban los afamados y costosos cocineros de Bahüer, la duquesa de Medinaceli, la marquesa de la Laguna, Cánovas del Castillo, Martín Esteban, Puig, el marqués de Cubas... y otros numerosos opulentos amigos que se daban el gusto y el honor de invitarle con frecuencia á su propia mesa, y sentarse á la suya.

Gustaba mucho del buen aspecto de la mesa, y de ordenar la colocación de cómensales. Sus ayudas de cámara, más que tales modestos criados, pues nunca tuvo más de uno, y siempre de muy cortados vuelos, Carmelo, Ramón y Esteban, que fueron los tres que le sirvieron desde *sus esplendores revolucionarios* hasta su muerte, eran verdaderos artistas por él educados en la presentación de una mesa que había de disponerse á usanza de nuestras regiones orientales, y no con esa misera y antipática sobriedad de que se ha hecho una moda.

Latino puro, alma de artista, gozaba viendo

motivos de encanto y símbolos de regiones, que alegraban los sentidos con sus colores, sus refulgencias y aromas. Durante las Pascuas de Navidad, en las que invitaba con inusitada solemnidad á todos sus amigos, en series de catorce ó dieciséis, máximo número que recibía su comedor, el artificio de la mesa era deslumbrador, porque allí agrupaba en vistosa colocación los cincuenta y aun más postres que reunía, formando un conjunto seductor, que solían celebrar sus cariñosos amigos los periodistas Abascal, Troyano y Mellado, que muchas veces compartían sus comidas. Petronio, el autor de las maravillas del banquete de Trimalción, hubiera sido un excelente cronista de aquel derroche de productos naturales y artificiales, flores, dulces, cintas, cajitas, cristalerías, luces y colorines, que formaban como el basamento de alguna monumental y recargadísima anguila de mazapán, recuerdo de la imperial Toledo, que se destacaba en el centro arrobando la vista y casi provocando al aplauso.

La etiqueta era sencilla; muy pocas veces y por motivos excepcionales los cómensales vestían frac; alternaban las damas con los caballeros, y nunca había brindis, pero Castelar obsequiaba con su palabra, todavía más que con sus manjares, porque era un hablador incansable y variadísimo. Comía y monopolizaba la conversa-

ción en términos tales que asombraba. Era un *causeur* encantador. La riqueza portentosa de su facundia, la bizarría y el colorido de su imaginación, el donaire y acierto de su crítica menuda, la elevación siempre noble, gallarda y poderosa de su pensamiento, resaltaban más si cabe en las naderías y desenfados de su conversación particular, que en los grandes párrafos de sus discursos parlamentarios. Lo baladí, lo efímero, magnificábalo su palabra; variaba los motivos con la portentosa habilidad que un concertista cambia las piezas musicales; era sencillo, claro, sin petulancias, y el efecto resultaba de lo que decía y el arte natural de exponerlo, más bien que del propósito suyo de conmover y encantar. Por esto sucedía que generalmente los comensales se entregaban al deleite de escuchar, y solamente cuando Cánovas, Moret, ó algún otro orador de esta altura; Balart, Castro Serrano, la Pardo Bazán, Abascal, ú otros occurrentes escritores semejantes, se sentaban á su mesa, se entablaban diálogos animados, en los cuales lucía un asalto de ingenios que embelesaba. Recuerdo de la última comida á que asistió el ya citado Castro y Serrano, en la Pascua de 1897, que no pudiendo este notable hablador despacharse á su gusto, exclamó en un arranque de impaciencia: «¡Vaya, señores; para poder hablar prometo convidarles á ustedes á una co-

mida en casa de Castelar, pero sin Castelar!»

La política nacional y la extranjera; episodios de la vida de sus ilustres amigos allende los Pirineos; la última producción dramática, ó el artista lírico de moda; recuerdos de sus primeros años; intimidades sobre grandes sucesos de la vida pública; chascarrillos referentes á personas conocidas y á flaquezas de sus adversarios políticos, á los cuales fustigaba con gracia; pronósticos sobre acontecimientos nacionales futuros; comentarios acerca del efecto que produjera su artículo publicado en *El Liberal*, en *El Globo*, ó en alguna revista nacional ó extranjera... todo esto lo iniciaba, exponía y juzgaba con prontitud, barajando con ello el elogio franco de un plato, la invitación á comer y á repetir al comensal perezoso, la galantería á la señora, el recuerdo sentido al amigo ausente de quien procediera el manjar que se servía, con cuyo motivo describía la comarca, la riqueza de su suelo, el encanto de sus panoramas, lo sabroso de sus productos, el valor de sus monumentos, el carácter de sus naturales... volviendo siempre á su tema favorito: España.

Ninguna mesa era más democrática y universal que la suya. En ella los poderosos, los opulentos y los aristócratas, sentían la soberana fascinación del genio que los empequeñecía, mientras que los humildes, los pobres y los ple-

beyos sentían la influencia de la cordialidad, de la sencillez, de la naturalidad expansiva del anfitrión que los exaltaba y engrandecía. En la mesa de Castelar todos eran iguales y á todos atendía con la misma solicitud: el magnate y el plebeyo recibían por igual las atenciones de su hospitalidad y los resplandores de su genio.

VII

A un hombre semejante las grandes desdichas de España tenían que herirle de muerte. Con sorpresas, angustias y tribulaciones inenarrables, siguió la sublevación de las colonias, publicó en *El Liberal* sus últimas y más populares excitaciones á la concordia y á la paz, y con la agravación mortal de aquel desastre nacional fué coincidiendo la mortal agravación del organismo suyo, tan fuerte, sano y al parecer longevo antes del otoño de 1897. ¿De qué murió? Sería difícilísimo decirlo, y á nadie creemos esté ya reservado hacer la historia clínica de una enfermedad que, en diferentes períodos, hubo de ser sometida al juicio de variados médicos, como sucede con las de estos hombres eminentes, por muchas más razones que suelen llevar á los demás mortales á ir de unos en otros profesores buscando la curación de lo incurable. Muerto

su íntimo y antiguo médico de cabecera doctor Martínez Pacheco, quizás ninguno como el que esto escribe pudiera ser el narrador de su proceso patológico, por haber asistido, más como amigo y médico observador que como visitante, desde el principio hasta el fin, al desfile de médicos y al razonamiento de diagnósticos que hubo, todo por el noble y laudabilísimo afán de asegurar vida tan preciosa para la patria y para los amigos; y seguramente nosotros jamás escribiremos esta historia clínica.

Pero lo que sí podemos asegurar en conciencia, y sin propósito de buscar efectos novelescos, es que un factor moral poderosísimo jugaba en aquel desconcierto de órganos que se vino de pronto, sin que hubiera una razón clara que lo explicase; y este factor bien claramente se advertía que era la espantable catástrofe que aniquilaba la nación. ¡La grandeza de España perecía, y tenía que perecer necesariamente con ella el primero y más sensible de los españoles, incapaz de soportar el mortal tormento de su dolor infinito y sin consuelo! ¡Qué otro destino le quedaba al sublime cantor de las glorias nacionales, sino enmudecer sus labios y hundir en el sepulcro un cuerpo que se había inflamado muchas veces con ardientes y arrebatadores entusiasmos patrióticos! ¡Para qué, para qué vivir ya, si no quedaban más que afrentas y desolacio-